

(problemas relativos a la relación interna dentro de la familia y su repercusión en las actitudes educativas de sus componentes)

Noticia de libros

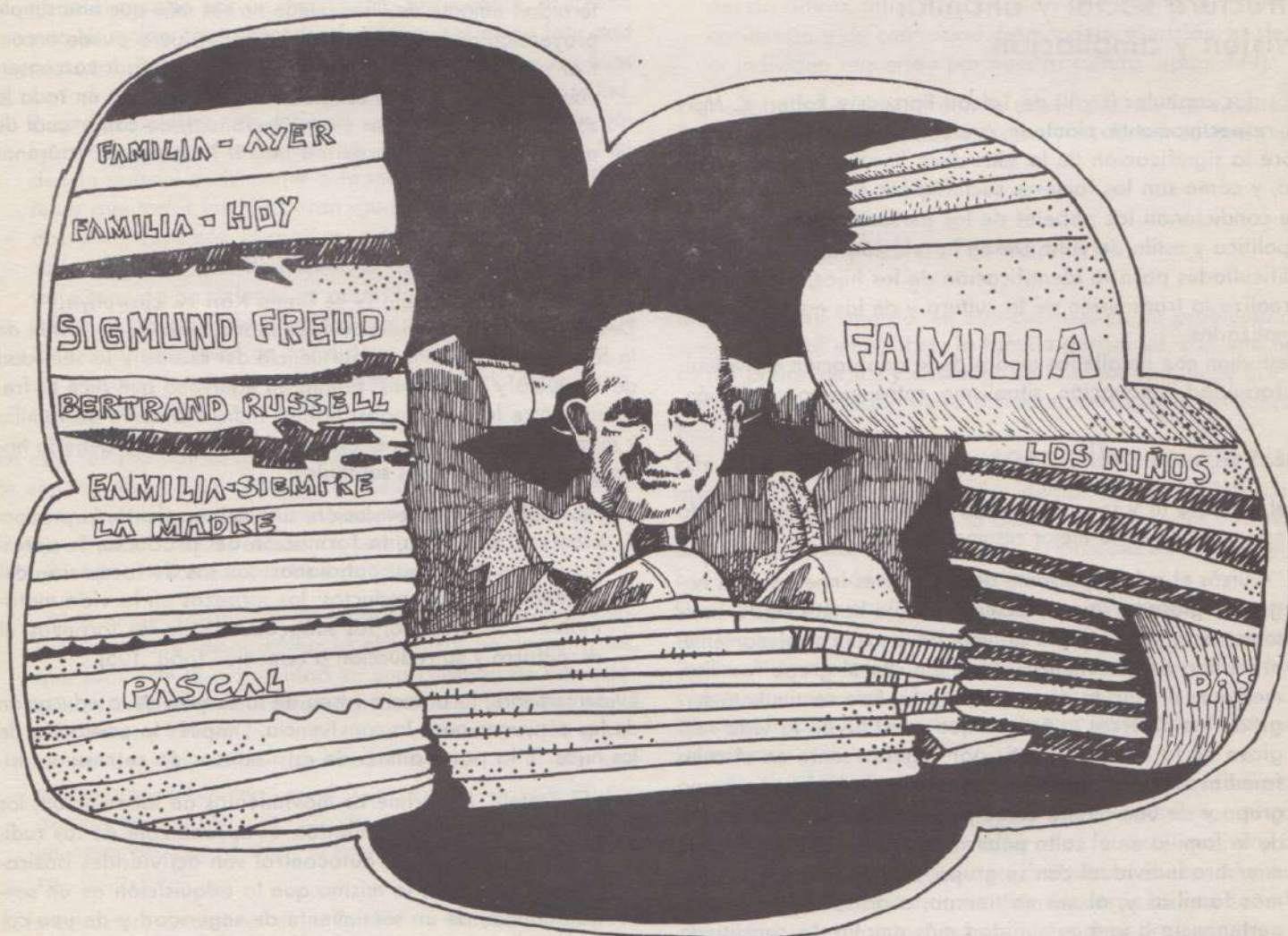
Fromm, Erich; Horkheimer, Max; Parsons, Talcott...

«LA FAMILIA»

Introducción de Ralph Linton

Ediciones Península

2ª edición - Diciembre 1972 - Barcelona - 296 págs.



Se comprenden las actitudes frente a la palabra FAMILIA, sobre todo cuando se utiliza como un tópico sin desentrañar. Se comprende que identifiquemos la palabra FAMILIA con una institución social que nos parece estable porque lo ha sido desde siglos atrás hasta el nuestro (aunque hoy se nos resquebraje el modelo, entre en crisis de modificación) y nos olvidemos (hasta tengamos que investigar) cómo fueron otros modelos de FAMILIAS. Se comprende la exaltación de los valores

expresados en este tipo de FAMILIA y los lamentos casi apocalípticos ante la amenaza de su disgregación.

Lo sensato no es partir de posturas afectivas frente al hecho de la FAMILIA, sino intentar una investigación de su trayectoria histórica y de su interrelación con los condicionantes sociológicos. Además, intentar un análisis de sus elementos internos: los personajes que la componen.

La historia natural de la familia

Ralph Linton presenta, como Introducción a todo el libro, un esquema del desarrollo histórico de la familia. Desde las formas más rudimentarias y primitivas de este agrupamiento social y humano, hasta el momento actual. Con una visión histórica y sociológica se puede desmitificar un poco el riguroso esquematismo y el absolutismo al uso en la manera de valorar a un tipo exclusivo de familia. Y, sobre todo, se puede deducir que nos encontramos en un momento de un proceso evolutivo, abierto también hacia el futuro.

La estructura social de la familia. Estructura social y anomía: revisión y ampliación

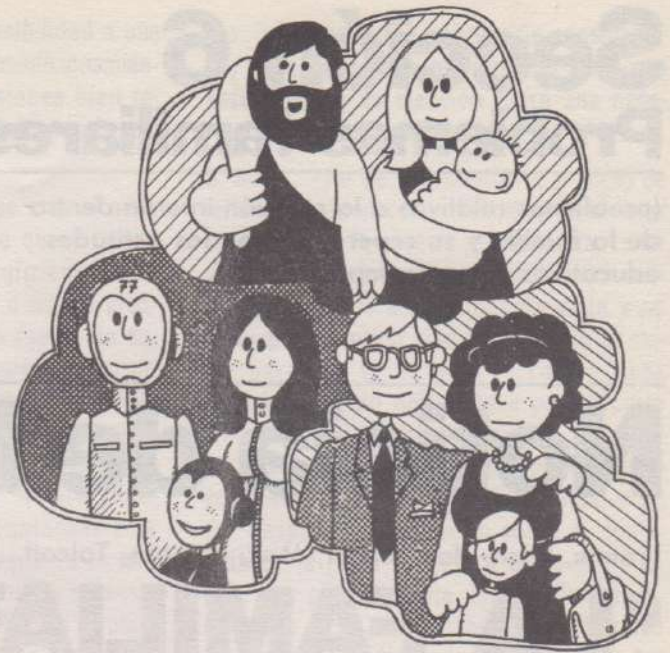
Estos dos capítulos (I y II) de Talcott Parsons y Robert K. Merton, respectivamente, plantean, cuestionan y sacan deducciones sobre la significación de la estructura familiar en una sociedad, y cómo son los factores sociológicos extrafamiliares los que condicionan los papeles de las personas en la familia y su política y estilo de vida. Desde la relación afectiva, cauces o dificultades para la identificación de los hijos, modo cómo se realiza la transmisión de la cultura y de las normas institucionalizadas.

Se estudian con detalle los modos de la adaptación individual: conformidad, innovación, ritualismo, retraimiento y rebelión.

Los valores religiosos

Es el capítulo III y su autor Arthur L. Swift. El último párrafo de este capítulo es su mejor resumen:

"Quizás el más importante de los valores inherentes al hogar religioso es una característica que hemos dado constantemente por supuesta sin llegarla a explicar plenamente: el sentido de pertenencia, de unión con el grupo familiar, mediante el vínculo de una misma fe. Este sentimiento surge de las diversas prácticas que constituyen la vida religiosa de la familia. Participar regularmente en el culto familiar significa adquirir conciencia de la familia como grupo y de uno mismo como parte de él. La participación de la familia en el culto público contribuye a identificar al miembro individual con su grupo, diferenciado de las demás familias y, al mismo tiempo, a darle un sentido de pertenencia a una comunidad más amplia: la constituida por los fieles que participan de los mismos ritos. Si la Iglesia quiere fortalecer la influencia de la religión en la vida familiar ha de hacer lo posible para que la familia como tal tenga más participación en sus actividades. La familia judía ortodoxa constituye, en su mejor momento histórico, un magnífico ejemplo de la fusión de las actividades cotidianas con la observancia religiosa. El último de los valores religiosos de la vida familiar de nuestra lista es, por consiguiente, el fuerte sentido de unidad que da al hogar.



Pero hace incluso más que esto. Proyecta la pauta familiar en la escena universal y da al niño un sentimiento ingenuo pero esencial de ajuste a toda la creación, una confianza en su integración en ésta que le libera de muchos de los temores que, de otro modo, le asaltarían. Esta fe en la paternidad amante de Dios puede no ser más que una simple proyección de las esperanzas infantiles, pero puede encontrar una verificación definitiva en la Realidad. La conservación de los valores religiosos en la familia y en toda la sociedad depende, en última instancia, de saber cuál de estas hipótesis se aproxima más a la verdad" (páginas 121-122).

La educación y la familia

El autor de este capítulo IV se llama Karl N. Llewellyn. Después de unas consideraciones subrayando la inclusión de la familia en el ámbito de influencia del Estado y la sociedad de consumo y problemas, señala un equívoco que dice es frecuente entre los sociólogos: hablar indistintamente de familia y matrimonio. Cree que el estudio del matrimonio debería hacerse con los siguientes subtítulos:

"su realización; su evolución; su funcionamiento; la producción y el producto; la formación del producto; la conciliación de las tareas cotidianas con las de formación del producto; los subproductos; las torpezas en la vida matrimonial y el divorcio; los subproductos de las torpezas; el despilfarro y su reducción o remedio" (pág. 125).

Evidentemente, la primera tarea de la familia es la educación de los cónyuges para la convivencia. Después la educación de los hijos. Y la panorámica de esta educación se resume así:

"El destete, los primeros movimientos de locomoción, los primeros sonidos articulados, el aprendizaje de los rudimentos culturales, el autocontrol son actividades básicamente familiares, lo mismo que la adquisición de un sentido común, de un sentimiento de seguridad y de una capacidad de apreciación lo bastante desarrollados como para adquirir estabilidad y gozar de oportunidades decenas de autointegración" (pág. 128).

Un punto fundamental en la educación del recién nacido será su socialización. Proceso, dice Llewellyn, que es al mismo tiempo de antisocialización. El análisis de este proceso se hace exponiendo la actitud de absorción y exclusión de los grupos con los que establece contactos y de los que recibe, comprende o rechaza el sistema de valores con los que operan.

Estructura emocional de la familia

En este capítulo V estudia Therese Benedek ese entramado dinámico que mantiene a la familia en una tensión, estable o inestable, creadora o disgregadora.

La familia patriarcal tenía un esquema suficientemente sencillo:

"La estructura emocional de la familia patriarcal idealizada resultaba así, fija y estática: su principal representante, el padre-marido, se suponía fuerte y activo y su papel consistía en proporcionar a la esposa y a los hijos no sólo los medios de subsistencia necesarios sino también el amor y la protección indispensables, como medios de seguridad emocional. Se suponía, también, que la madre-esposa, ligada al marido por un matrimonio irrevocable, aceptaba esta situación como premisa fundamental de su felicidad personal, la cual le permitía, a su vez, querer a los hijos con un sentimiento de tierna e inmovible maternidad. Puesto que existen una serie de necesidades biológicas básicas que regulan las relaciones entre los sexos y la tendencia natural de la mujer a la maternidad, era fácil sostener que todos los hijos eran igualmente deseados, amados y tratados con el máximo cuidado y que éstos, educados en un espíritu de respeto al padre, amante y autoritario (que podía delegar su autoridad en la madre) aceptaban dicha autoridad con devoción y gratitud hasta que alcanzaban la edad de convertirse en padres, a su vez, y de adoptar la misma actitud ante sus hijos respectivos" (págs. 149-150).

En esta familia patriarcal podríamos decir que la interacción se engendraba desde la misma familia. En cambio la familia moderna sufre continuas modificaciones precisamente por el influjo decisivo de las tendencias cambiantes de nuestra civilización. Quizás los dos cambios principales sean:

"a) la emancipación de las mujeres que modifica la relación entre marido y mujer; b) el control de nacimientos, que convierte la maternidad en una cuestión de responsabilidad individual. En realidad podemos llegar a la conclusión de que la familia equilibrada, con padres que gocen de privilegios y responsabilidades iguales, es la que está en mejores condiciones para transmitir a los hijos las exigencias de una elevada individuación, uno de los principales objetivos, por no decir el fundamental, de nuestra cultura" (pág. 167).

Si la estructura emocional de la familia va buscando su apoyo estable en el sentimiento compartido de seguridad, esta seguridad ya no se encuentra en la figura del padre autoritario.

"Hoy no esperamos ya que el padre adopte una actitud autoritaria; al contrario: si la adoptase le acusaríamos de ejercer una insoportable tiranía. Hoy se espera que el padre considere en un plano de igualdad la autoridad de la esposa y que acepte las opiniones y decisiones libres del hijo que crece como elementos básicos de su educación. Si no consigue equilibrar la familia sobre esa base, le criti-

camos por su falta de energía, por su falta de masculinidad y caemos fácilmente en el error de calificarlo de pasivo cuando no le vemos autoritario y dominador. Sin el apoyo de la tradición, la persona del padre parece más débil. Pero, en realidad, debe ser más elástica, más aceptable y, por consiguiente, más fuerte que antes porque ha de cumplir su papel sin los apoyos tradicionales y a menudo bajo fuertes ataques —por ejemplo, bajo la competencia de la esposa y la crítica de los hijos—" (pág. 173).

"El estudio de la interacción de los procesos emocionales dentro de la familia pone de relieve las formas y modos en que la familia crea las condiciones para que la personalidad humana pase gradualmente del estado de dependencia difusa, infantil, al de individuo adulto, provisto de conciencia y de capacidad de autodeterminación, es decir, al individuo requerido por nuestra cultura" (pág. 174).

Y el capítulo se termina con la exposición de las vicisitudes que pueden ocurrir en este proceso y perturbar su curso normal de desarrollo.

La familia y el autoritarismo

Max Horkheim aborda, en este capítulo VI, un problema que resulta central en el libro: la familia patriarcal, con una figura del padre vértice y poseedor de la autoridad, tiene que ceder ante la evolución de la sociedad, refractaria a cualquier tipo de autoritarismo.

Este influjo de la sociedad va modificando incluso las figuras arquetípicas: padre autoritario; idealización sensiblera de la madre, intermediaria entre la autoridad del padre y la realidad de las cosas. Repercusión en el proceso evolutivo de los hijos de esta visión de padres diferentes.

Destaco, en este capítulo, una amplia clasificación de la mentalidad y valores peculiares en una personalidad autoritaria. Son veintinueve ítems que definen la personalidad autoritaria y describen sus maneras de comportarse.

Y una reflexión de importancia para la educación de los adolescentes:

"Se pretendía que los niños que se someten más fácilmente a la disciplina de los padres y de la escuela son los que más rasgos tienen de carácter autoritario y que, en cambio, los niños más rebeldes y refractarios son, al crecer, totalmente antiautoritarios. Esta hipótesis ha resultado falsa. Los niños y niñas "buenos" —es decir, los esencialmente no agresivos— son, en realidad, los que tienen menos rasgos temperamentales de entre los de la lista citada. En cambio, los niños difíciles y rebeldes atacan a los débiles y exaltan a los fuertes. Todo parece indicar que el convencionalismo del carácter autoritario y su preocupación por la corrección y el "hacer lo que es debido" se adquieren durante toda la adolescencia o incluso más tarde, porque la influencia de la realidad en la imposición de los valores convencionales, es entonces poderosa" (pág. 193).

Sexo y carácter

Erich Fromm, en el capítulo VII defiende ampliamente esta tesis:

"Que hay ciertas diferencias biológicas que dan lugar a diferencias de carácter; que estas diferencias se mezclan con las producidas directamente por los factores sociales; que los efectos de estos últimos son mucho más poderosos y pueden aumentar, eliminar o cambiar el signo de las diferencias de raíz biológica; y que las posibles diferencias caracterológicas entre los sexos, en la medida en que no están directamente determinadas por la cultura, nunca constituyen diferencias de valor. En otras palabras: las diferencias caracterológicas nunca lo son en términos de "bueno" o "malo" sino únicamente en términos de matiz, es decir, del tipo de virtudes y vicios propios de cada grupo. En términos más concretos, diremos que el carácter típico de los hombres y de las mujeres en la cultura occidental viene determinado por sus funciones sociales respectivas pero existe un aspecto del carácter que depende de las diferencias sexuales. Este aspecto es insignificante en comparación con las diferencias de base social, pero no hay que prescindir totalmente de él" (pág. 198).

Este capítulo, al ir analizando los distintos elementos de esta tesis, va matizando el sentido de la postura y comportamiento masculino y femenino, y descubre las múltiples variantes que hay si se prescinde del actual condicionamiento social que produce el equívoco al atribuir a comportamiento natural, instintivo, lo que es reflejo y condicionamiento de la sociedad en que vivimos.

El complejo de Edipo y su mito

En el capítulo siguiente (el VIII) el mismo Erich Fromm, al hacer una revisión de los presupuestos y conceptos freudianos sobre el complejo de Edipo, corrige seriamente la interpretación de Freud, por lo menos demostrando que no se ajusta a los componentes reales del mito griego.

Lo más importante de este capítulo es el sinnúmero de observaciones que va haciendo sobre la interacción y dinámica afectiva entre hijos y padres, y más detalladamente de los padres entre sí.

Quizás el aspecto más original de este capítulo esté contenido en estas frases que escribe Erich Fromm, después de resumir la teoría de Bachofen:

"la hostilidad entre el padre y el hijo —tema fundamental de la trilogía de Sófocles— se ha de entender como un ataque contra el orden patriarcal triunfante por parte de los representantes del derrotado sistema matriarcal" (página 227).

La vivienda y la familia

Ese problema lo abordan Charles Abrams y John P. Dean en el capítulo IX.

Se trata de un capítulo lleno de datos y estadísticas sobre aspectos de tanto interés como: Familias y viviendas sin seguridad e higiene; la propiedad de la casa; la repercusión entre la composición (normal o anormal) de la familia y las condiciones de la vivienda; el déficit de viviendas y su repercusión en las condiciones de la vida familiar.

Por poner un único ejemplo de los muchos que ilustran este capítulo, copio las alteraciones de la vida familiar norteamericana que tienen repercusión inmediata y clara en la utilización de la casa:

- "Ha disminuido la responsabilidad familiar por los niños. Viven menos parientes en la casa familiar.
- Aumenta el número de familias de una sola persona y de familias de composición anormal.
- Hay más personas y matrimonios de edad.
- Aumentan las dificultades para la selección del cónyuge. Se atribuye cada día más importancia al amor romántico. El padre tiende a ausentarse más y más del hogar.
- Aumenta la participación de las mujeres en actividades extrafamiliares.
- Aumenta el individualismo de los diversos miembros de la familia.
- Aumenta el índice de separaciones y divorcios" (páginas 270-271).

La familia como institución transmisora de la tradición

El título del capítulo X podía servir también de título a infinitas conferencias de educadores, políticos, sociólogos, evangelizadores, etc...

Paul Shrecker hace un análisis de las condiciones óptimas para la transmisión de la tradición y presenta las ventajas y limitaciones de que esta transmisión la haga la familia o un organismo extrafamiliar, que generaliza, comunica más ampliamente y puede hasta tecnificar más eficazmente la transmisión de la tradición.

Los ejemplos fundamentales los toma de la transmisión del lenguaje (a veces le llamamos lenguaje "materno" haciendo alusión al vehículo de la transmisión) y la transmisión, en la familia judía, del legado tradicional del Judaísmo.

Joaquín María García de Dios